Publicaciones
de
Prensa Gráfica

Novela Semanal



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Aire de muerto ~
por Wenceslao Fernánde
Flórez ~~ Precio 25c

47/1556573

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 20 DE AGOSTO DE 1921 NÚM. 9

AIRE DE MUERTO

Novela de W. Fernández Flórez

Ilustraciones de "SIRIO"

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57, MADRID

AIRE DE MUERTO

I

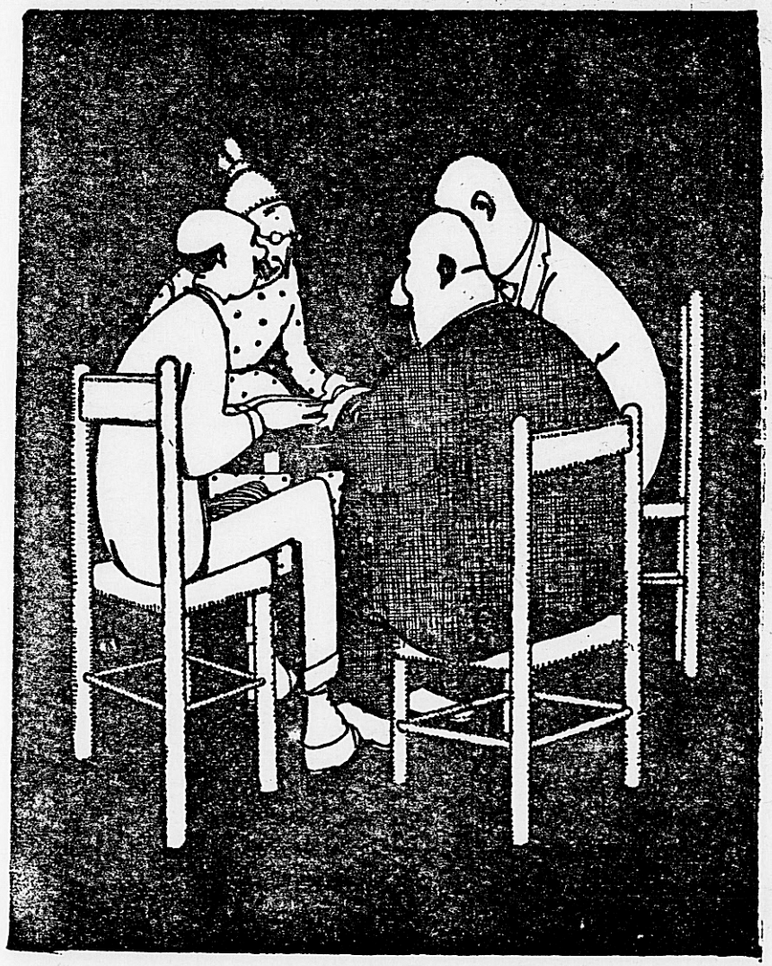
USTEDES son muy dueños de no creer esta historia, aunque, después de todo, no sé qué iba ganando yo con engañarles; pero un viaje á las Rías Bajas siempre es grato, y si en las Rías Bajas buscan ustedes la tienda de ropas hechas y efectos para emigrantes «El Gran Chaco» Sociedad anónima de responsabilidad limitada, podrán comprobar fácilmente esta narración.

El caso fué que, en una lluviosa noche otoñal, el espíritu del portugués João Pintos, libre desde hacía tres años de su envoltura carnal, se dirigía de Evora á Estocolmo, para acudir á sabe Dios qué cita misteriosa, cuando advirtió entorpecida la extraordinaria rapidez de su vuelo. El espíritu de João Pintos iba tan alto como alta puede ir un águila, y conservaba una absoluta indiferencia entre el negro pavor nocturno, las inmensas nubes que se desflecaban sobre la tierra invi-

sible y aquel galopar sonoro del viento al que respondían las olas batiendo, como en un tambor retumbante, los arrecifes y los acantilados de la llamada Costa de la Muerte.

El espíritu de João Pintos tenía prisa. Así, cuando se notó como preso en una red que dificultaba su avance vertiginoso, experimentó una gran contrariedad. Miró hácia abajo y vió aquí y acullá las grandes aspas de luz de unos faros que registraban el denso secreto de las sombras sobre el mar; y vió, muy distantes, las linternas verdes y rojas de algunos vapores, que danzaban solemnemente; y vió la larga franja de fosfórica tenuidad que la espuma creaba en el confín de la tierra. Nada de esto explicaba el singular fenómeno. El alma de João Pintos, cada vez más alarmada, observó que no sólo no podía continuar su marcha, sino que descendía sensiblemente, atraída por una fuerza superior á su fuerza.

Entonces dirigió su atención á lo que ocurría verticalmente debajo del lugar en que ella flotaba. Hallábase sobre un pueblecillo cuyas calles estaban apenas señaladas por el débil y amarillento resplandor de unas viejas bombillas. Ni una sombra humana era visible fuera de las casas donde el sueño y el temporal había recluído á todo el vecindario. Pero la mirada de un espíritu atraviesa los tejados y aun los muros más fuertes más fácilmente que la mirada humana un cristal, y João Pintos pudo ver, sinceramente desesperado, á los culpables de que le fuese imposible llegar á Estocolmo con puntualidad.



En realidad, lo que vió no tenía gran cosa de extraordinario. Vió un piso principal y un piso bajo. En el piso bajo, entre las paredes de las que pendían—en exposición ahora inútil en la obscuridad—camisas, camisitas, camisones, blusas, faldas, trajes de Mahón, gorras, pañuelos, guitarras, acordeones, zapatos, y las estanterías en las que se acumulaban cajas de todas dimensiones, y el suelo en que se alineaban baúles y maletas, abiertos unos como si bostezasen para irse á dormir en aquella honda quietud, y cerrados los otros con cierto aspecto hostil, con las cerdas de su piel de caballo ó de vaca erizadas, tal como si reflexionasen ceñudamente en lo poco agradable de un viaje en la sentina de un barco hasta Punta-Arenas ó Nueva York; entre las sillas de tijera, que extendían su lona casi con la horizontalidad de una hamaca, y los paraguas inmensos, de tela roja, y los vasos de cristal azulado en los que se veía un barco, ó la torre de Hércules, y una leyenda: «Recuerdo de Vigo», «Recuerdo de Villagarcía», «Recuerdo de La Coruña»; en todo el piso bajo, en fin, entre tantos y tantos objetos más ó menos útiles, tan sólo un ser vivo, un gato, animaba las tinieblas con el suave ronquido de su respiración.

En el piso principal el espíritu de João Pintos pudo contemplar, en una pequeña y limpia alcoba cuyas ventanas estremecían las ráfagas, el espectáculo siempre interesante de una hermosa joven dormida, en la vaga luz de una lamparita de aceite; luego, varias habitaciones desiertas y obscuras, y, en un gabinete, cuatro

personas silenciosamente sentadas en torno de un velador.

Tres cuartos de hora antes de que el espíritu de João Pintos cruzase sobre las Rías Bajas con dirección á Estocolmo, estas personas estaban así ya, y en la misma extraña y muda actitud, apoyados los cuarenta dedos de las ocho manos en el borde del pequeño mueble, unidos entre sí los pulgares de cada cual, y los meñiques con los de los vecinos; callados y quietos, los cuatro seres miraban fijamente el disco de laca del velador, en el que unos chinos cazaban mariposas y unas chinas, sentadas sobre sus piernas, erizada la cabeza de alfílerones, tocaban una rara especie de laúd.

Tres cuartos de hora. El señor Montrove—copropietario de «El Gran Chaco», Sociedad anónima de responsabilidad limitada—padecía mucho porque no había podido fumar. Suspiraba y rompía algunas veces el círculo mágico de las manos, alzando una de las suyas para rascarse la frente. Una vez dijo, con voz casi cavernosa, como si se le ocurriese algo transcendental:

—¡Qué noche de lluvia!

Pero la digna solterona Sofía Sobral—copropietaria, asimismo, de «El Gran Chaco»—, que con su hermano D. Pedro, el gerente de la sociedad; su único dependiente, Marcos Formigón, y el citado señor Montrove, había puesto sitio al velador de tres pies, acogió aquella aguda observación con un vivo gesto de contrariedad en su rostro empalidecido y enjuto.

—¡Así es imposible!—gruñó en voz baja,

rápidamente—Es preciso reconcentrarse bien.

Todos callaron, y el señor Montrove juntó sus cejas peludas y clavó en uno de los chinos cazadores de mariposas una mirada larga y terrible, que duró más de siete minutos, y se dulcificó después lentamente hasta adquirir esa expresión propia de los ojos de un hombre que no piensa en nada.

A las doce menos cuarto se atrevió á susurrar, como si hablase consigo mismo:

—Me parece que hoy no acudirán tampoco.

Esperaba encontrar un apoyo, promover un movimiento de opinión acorde con su escepticismo, pero nadie le contestó. Entonces suspiró, para hacerse perdonar sus palabras:

—¡Será una pena!

Algún tiempo después, la cabeza de Marcos Formigón hizo un violento signo afirmativo, y sus manos desaparecieron de la superficie del mueble, como si se hubiesen caído al suelo. Entonces doña Sofía gritó:

—¡Este chico! ¡Pedro: que se está durmiendo este chico!

—¡Es una vergüenza!—censuró Montrove, que se estaba durmiendo también y que temía que lo hubiesen notado—¡Es una vergüenza! No comprendo cómo puede dormir tanto este chico.

—¡Chicooo!...—amonestó don Pedro en tono de bajo profundo.

Y el círculo mágico se restableció.

En este momento fué cuando el espíritu de João Pintos volaba sobre «El Gran Chaco» y se



sintió atraído hacia él. Se debatió, primero, como un pez que se advierte arrastrado por el sedal ó como una gallina en la boca de un raposo que corre hacia su madriguera. Gimió, luchó, pero todo era inútil, y bien lo sabía João Pintos. Se resignó, al fin, rezongando:

—¡Vaya un contratiempo fastidioso! Me van á desesperar ahora estos imbéciles.

Entre todo lo que pudiera molestar á João Pintos en su nuevo estado, nada había que le irritase más que esta obligación de acudir á mover los veladores, en cuanto lo deseasen unos desocupados, y contestar á todas las preguntas estúpidas que le dirigían. Verdaderamente estaba furioso contra esta carga de su extrahumana existencia, y otros muchos espíritus pensaban como él. Raras veces encontraba en redor de aquellos muebles antipáticos gente culta con la que poder echar un párrafo. Casi todos los experimentadores le preguntaban por difuntos que habían sido parientes y amigos de ellos, ó le rogaban que les buscase objetos perdidos. Esto era humillante. En los tres años que llevaba de muerto, João Pintos tenía muy estimables motivos para sentirse disgustado por tales costumbres.

Sin embargo, no era posible eludirse. Bajó, bajó, atravesó las nubes, y el tejado, y las guardillas, y el techo de vigas recias; se acercó al velador y comenzó á hacer terribles esfuerzos para moverlo.

—¡Acabemos pronto!—se decía. Y lo obligó á inclinarse.

—¡Oh! ¡Oh!—hizo doña Sofía—¡Está ahí, está ahí! ¿Han sentido ustedes?

—Entonces... ¿qué es?—balbuceó Montrove, creyendo que se había vuelto á quedar dormido y que soñaba—¿Ha caído uno?

Decía esto como si se tratase de un conejo que hubiese pisado una trampa. El espíritu de João Pintos debió de sufrir, pero continuó moviendo trabajosamente el velador. Marcos Formigón, entre asustado y curioso, miraba el viejo trasto casero como si le hipnotizase. Don Pedro, lívido de temor, dirigía al mueble, con voz un poco temblorosa, las mismas palabras que se dirigen á un caballo para tranquilizarle:

—¡Vamos, vamos! ¡Sóoo!...

Esperaba ir á ver al hasta entonces inofensivo y pacífico velador agitarse más y más, y emprender un galope furioso por toda la casa.

Sólo doña Sofía, la vieja supersticiosa, familiarizada con todas las leyendas y cuentos de aparecidos, y á la que se le hubiera antojado muy natural encontrar un espectro detrás de cada puerta y hasta dentro de los baúles de su almacén, conservó cierta lucidez en aquellos instantes. Nerviosa, con un ligero tic en los labios, habló para recomendar al espíritu que contestase por golpes, con arreglo al método usual en estos casos. Luego preguntó:

—¿Eres el espíritu de Enrique, el de Lánchara?

El velador batió dos veces el suelo con una pata; lo que quería decir: «No».

—No. Entonces, ¿quién eres?

Si Pintos fuese á decir todos sus apellidos, se

vería obligado á estar la noche entera alzando y dejando caer el velador. Prefirió contestar, somera y despreciativamente:

—João.

—No entiendo—dijo Sofía—. ¿Quién eres?

El espíritu de Pintos, sumido en la desesperación de lo irremediable, pensó que, para abreviar las preguntas, era preferible dar el nombre de algún difunto harto conocido. Respondió esta vez con un sarcasmo que era inadivinable en las patas del velador:

—Soy el rey don Sebastián.

—Es el rey de San Sebastián—tradujo doña Sofía á sus compañeros—; algún personaje; no importa. Vamos á ver—añadió dirigiéndose nuevamente al espíritu—: ¿conoces á Enrique Láncara?

—No—batió el velador.

—No lo conoce—susurró Montrove, cada vez más aterrado—. Creo que debíamos dejar que se fuese.

—Aunque no le conozcas, ¿estás enterado de lo que hace con mi sobrina Ildara?

El espíritu de João Pintos se estremeció presintiendo un largo y fútil relato; hizo girar rápidamente el velador y golpeó el suelo una vez.

—¡Sí!—exclamó alegremente sorprendida la solterona—¿Sabes que, en vida, tuvo relaciones con ella?

—Sí—respondió Pintos.

—¿Y que se hizo enterrar con dos retratos que poseía de Ildara?

—Sí—afirmó el mueble.

—¡Dios mío! ¡Lo sabe todo, lo sabe todo!—comentó la anciana con júbilo—. Oye, espíritu: deseamos saber si, como yo sospecho, la enfermedad que mi sobrina padece se debe al maleficio que, dentro de su tumba, ejerce Láncara sobre esos retratos.

—Sí—confirmó el velador, dando un gran brinco.

—¿Debemos, pues, quitárselos para curar á Ildara?

—Sí.

Doña Sofía elevó sus manos al cielo para bendecir al Señor por el bien de aquellas revelaciones. Deshecha la cadena, el espíritu de João Pintos se desprendió apresuradamente del velador, volvió á atravesar el techo y las guardillas y el tejado y desapareció hacia el Norte, murmurando terribles denuestos. Nunca hemos tenido ocasión de conocer nuevas noticias suyas.

Cuando se convencieron de que su invisible visitante había huído, los propietarios de «El Gran Chaco» y su dependiente contempláronse los unos á los otros con estupor, como si hasta entonces no se hubiesen dado exacta cuenta del singular acontecimiento á que asistieran. Doña Sofía, súbitamente excitada, comenzó á dar rápidos paseos por el gabinete, repitiendo:

—Todo está aclarado. Para que se vea que yo tenía razón. Todo aclarado. ¿Quién tenía razón? Nadie más que yo, nadie.

Los presentes estaban harto acostumbrados á oir afirmar á doña Sofía, con cualquier pretexto, que nadie tenía razón más que ella. Así,

no concedieron esta vez la importancia debida a sus manifestaciones. Don Pedro Sobral y el señor Montrove, aliviados de su miedo por la desaparición del espíritu, sentían esa necesidad de hablar que experimenta el hombre que sale ileso de un peligro, y se lanzaron á comentar animadamente el éxito de la sesión.

—Usted no creía que asistiese ningún espíritu —acusó Sobral á su consocio.

—Es verdad—concedió éste, un poco humillado.

—Quizá no admitía su existencia. Confiéselo usted—retó, ebria por la victoria, doña Sofía.

—¡Oh, no, eso no! Querida amiga, ¿cómo puede usted decir eso?—protestó Montrove, que temía vagamente las represalias de los espíritus contra su escepticismo anterior—Me aflige usted; se lo aseguro. Precisamente, yo he conocido un caso interesantísimo.

Bajó la voz para afirmar:

—Yo he sido el confidente de un hombre que habló con un espectro.

Encendió un cigarrillo y contó:

—Era un amigo mío que estaba empleado en la Delegación de Hacienda de esta provincia, á las órdenes del abogado del Estado. Puedo declarar que este abogado era un hombre honorable á carta cabal, aunque no perdonaba las faltas de asistencia de sus subordinados. A mi amigo le gustaban bastante las diversiones nocturnas, sobre todo cuando podía beber en ellas buen vino blanco del Avia. Nunca he aprobado estas inclinaciones de él, porque el vino tinto

de Amandi me parece mejor y traiciona menos. Si me hubiese hecho caso, quizá no ocurriría lo que ocurrió. Una mañana, su jefe quiso buscar unos documentos en lo alto de una estantería. «Señor Couceiro—le dijo á mi amigo—, hágame el favor de sujetar la escala.» Couceiro fué á sujetar la escala. «¿Podrá usted?», inquirió el jefe cuando estaba en el primer peldaño. Couceiro, que no había dormido en toda la noche, debió contestar honradamente: «No sé si podré.» Pero contestó que él era capaz de sostener con una sola mano la escala de Jacob. El vino blanco es así. Cuando el digno abogado del Estado se encontraba cerca del techo, flaquearon los brazos de mi amigo y perdió el equilibrio la escala. Cierto es que mi amigo gritó dos ó tres veces desesperadamente: «¡Cuidado, cuidado!» Pero su jefe, que iba por el aire, no pudo tener ya cuidado alguno. Tan poco tuvo, que batió una sién contra la esquina de una mesa y murió.

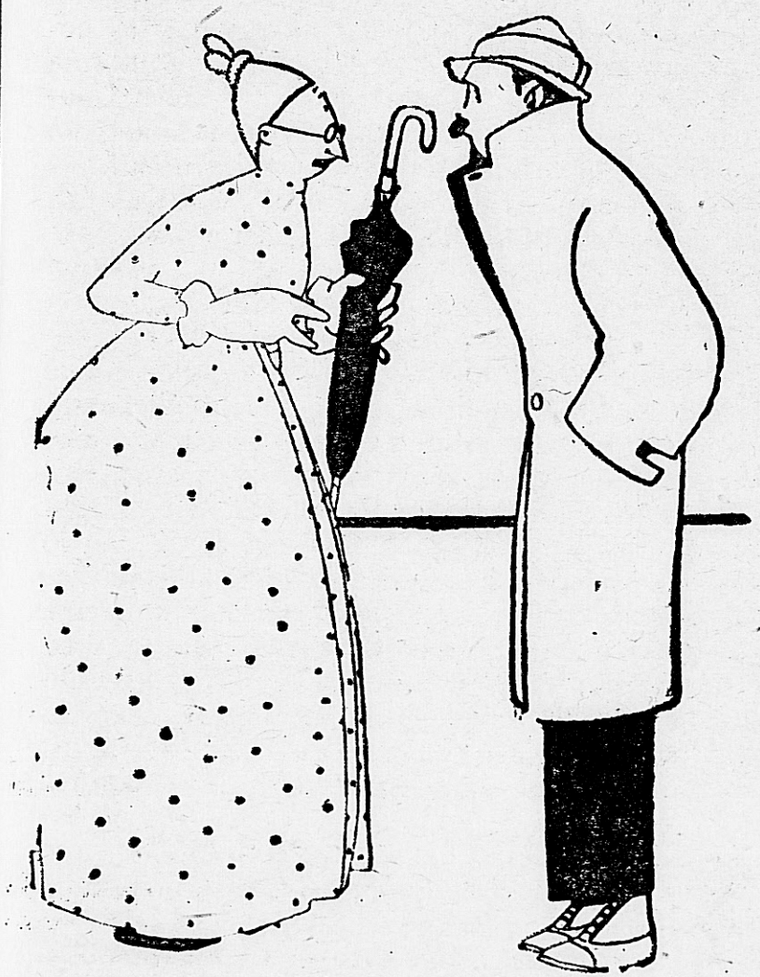
—¿Murió?—preguntó horrorizada doña Sofía.

—Sin decir «¡ay!». Naturalmente, Couceiro tuvo un profundo pesar, porque era hombre de gran corazón, y hasta buen patriota, y se daba cuenta de que el Estado había perdido el mejor de sus servidores, para el que no existían horas de reposo ni días de fiesta cuando se trataba de resolver en expedientes voluminosos é inacabables esas cuestiones que á los ignorantes nos parecen tan sencillas. Couceiro no olvidaba á su jefe, pero aunque lo hubiese intentado, sería inútil, porque una noche—cinco ó seis días des-

pués de la muerte del funcionario—encontró su espectro en un callejón.

—¿Y qué hizo?—indagó don Pedro.

—Apretó á correr. Era un hombre templado. Otros no podrían desclavarse del sitio. A la noche siguiente, lo volvió á encontrar. El fantasma le llamaba con sus pálidas manos. Entonces, Couceiro se resignó á no salir de la taberna hasta que amanecía. Y al amanecer—esta es la verdad—tampoco salía porque ya no podía moverse. Es lo que tiene el vino blanco. Hay que hacer honor al espectro diciendo que no entró nunca en el bodegón. Pero surgió una mañana junto á la mesa de trabajo de Couceiro, que se había quedado solo en la oficina. Couceiro comprendió que estaba perdido y que aquel fantasma le perseguiría hasta el fin de sus días, pidiéndole cuentas de la existencia que le había arrebatado involuntariamente. Se arrodilló con las manos cruzadas, para suplicar: «¡Perdóneme usted! No lo hice á propósito. Mandaré decir misas gregorianas!» Pocos fantasmas hay que se resistan á este ofrecimiento. Sin embargo, aquél lo rechazó con una triste sonrisa. «¿Qué debo hacer?», gimió Couceiro. Entonces la aparición dijo con una voz firme, pero que parecía llegar de muy lejos: «El expediente contra el botero José Muiños (a) *Cherepa* y tres más, por contrabando de tabaco, que tenía yo en estudio, se deslizó bajo ese armario cuando caí. Lo busca el señor delegado vanamente. Entréngueselo usted.» Couceiro se puso á gatas y encontró el legajo. Después cruzó el dedo índice y el pulgar de la mano derecha, los



besó con fervor y aseguró: «¡Sera cumplida su voluntad. Lo juro!» La sombra del señor abogado del Estado tornó á sonreir y fué empalideciendo, atenuándose, hasta que se borró. Y no volvió nunca á molestar á nadie.

Los oyentes del señor Montrove suspiraron.

—No quiero quitar mérito á esa relación —opinó doña Sofía—; pero, sin vanidad ninguna, creo que tiene tanto interés lo que aquí ha ocurrido esta noche, y mucho más lo que le sucede á mi sobrina.

—¡Pobre hija mía!—se dolió don Pedro.

—Mañana—ordenó la solterona—debemos reunirnos para adoptar una decisión. Ahora, acostémonos. Son las doce y media. La almohada tiene fama de aconsejar bien, y acaso al levantarnos tenga ya trazado mi plan.

Montrove se acercó á una ventana y miró al exterior. La calle estaba obscura (todas las luces se apagaban á las doce en el pueblecillo), se oía el chorrear continuo de los rebosantes canalones sobre las baldosas, el zoar del viento. Montrove se confesó, tras este examen de la noche, que era una temerosa aventura lanzarse en aquellas hoscas tinieblas después de haber estadó dialogando con los espíritus. Protestó:

—¡Vaya una noche!

—Ahora llueve menos—afirmó doña Sofía, con el optimismo de quien no tiene que salir de casa.

—Sí—concedió Montrove—. Llueve menos.

Y se abrochó valerosamente el gabán. Pero recordó que no debía salir sin encender un cigarrillo, y lo hizo y rehizo con extraordinarios escrúpulos, y lo encendió hasta que la cerilla le quemó los dedos.

Tampoco entonces pudo salir, porque le pareció haber perdido su paraguas. Pero el paraguas fué descubierto en seguida por doña Sofía. Montrove, con este feliz motivo, quiso contar cuántos paraguas había perdido en su vida, y cierta anécdota de un día que, estando en Buenos Aires, había sido sorprendido en el campo por un aguacero horroroso. La solterona bostezó tantas veces, que cohibió el ánimo del narrador.

—¡Ea!—dijo éste, al fin—¡Pues hasta mañana!

—Hasta mañana.

—Descansar bien.

—Gracias.

—Y que no se alteren los nervios con todo esto.

—¡Oh!—rechazó doña Sofía—Los míos no se alterarán.

—Ni los míos—bramó Montrove—. ¿Por qué había de alterarme? Yo no me altero nunca.

Pero pensaba con desesperación que ya no tenía más remedio que marcharse.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Marcos Formigón, con los ojos enrojecidos de sueño, dió algunos pasos tras él, llevando ya en la mano la enorme llave de la puerta. Montrove le contempló de pronto con mirada enternecida.

—Formigón—le dijo—, esta lluvia me hace recordar que yo te ofrecí un impermeable.

—¿A mí?—interrogó Marcos, sorprendido, porque jamás le habían hecho tal promesa.

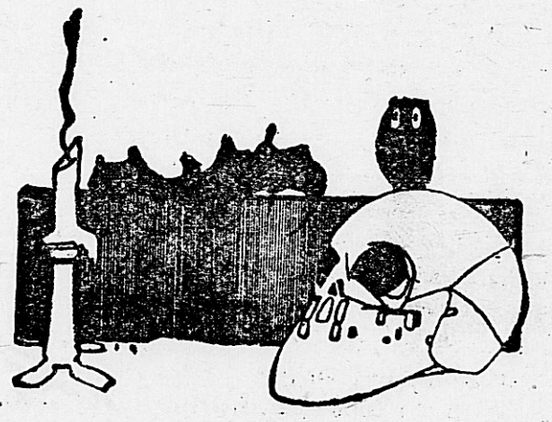
—¡Dios mío, sí! Un magnífico impermeable viejo que ya no me pongo nunca. Siempre que lo veo me digo: «Este es el impermeable que he ofrecido á Marcos, y aún no se lo di.» Mi mujer me lo reprocha siempre. ¡Tengo tan mala memoria!... Pero de hoy no pasa; te acercas conmigo á casa, en un momento, y te lo arrojo por el balcón.

Marcos insinuó:

—Muchas gracias, señor Montrove. Otro día... ¿Para qué se va usted á molestar? ¿No es mejor otro día?

—Otro día me olvidaré. Será ahora mismo. Ponte la gorra. ¡Andando! Te cobijaré bajo mi paraguas.

Y se marchó arrastrando al joven, asido á él como si se propusiese empujarlo más pronto hacia el primer espectro que viniese, para poder escapar á costa suya.



II

La hija de don Pedro Sobral había admitido los galanteos de Enrique Láncara cuando éste regresó de Compostela con su título de abogado. Todo el mundo sabe que la abogacía es la más inútil de todas las ciencias, pero no se puede negar que desarrolla en sus discípulos una terrible propensión lírica. Enrique Láncara, cuando apareció, brillantemente licenciado, en su pueblo natal, tenía para la colectividad un valor mucho menos práctico que Marcos Formigón ó que cualquiera de los tres guardias municipales que constituían el Cuerpo de vigilancia de la villa, pero improvisaba versos con cierta facilidad, y él fué el culpable de que el único semanario que se publicaba en el distrito adquiriese, bajo la influencia de su colaboración, un matiz sentimental tan acentuado que, experimentó en poco tiempo cuarenta bajas de subscriptores.

Láncara era hijo único de un matrimonio acaudalado, y los Sobral vieron en él con agrado á un futuro marido para Ildara. Pero el idilio duró apenas seis meses. Enrique murió. Muy grave ya, casi agonizante, escribió á su prometida una carta conmovedora, aunque conservaba la misma ampulosa y romántica condición de

estilo á que tan aficionado era el joven antes de descubrirse su insuficiencia mitral.

«Voy á morir—decía—; sé que voy á morir. He mandado que entierren conmigo los retratos tuyos que poseo. La tumba no me inspirará temor si está tu imagen á mi lado. Creo en la supervivencia del espíritu y en la posibilidad de que, con pasos callados, pueda seguir los tuyos por la vida. En el viento que te acaricie, Ildara, en la sombra de tu cuerpo, en el rayo de sol que llegue á ti, estaré yo muchas veces. Piensa al oir el viento, al mirar las sombras ó el sol, en la soledad ó entre el bullicio de las gentes: «El está aquí»... Y sentirás, aun muerto yo, toda la dulzura de mi cariño, envolviéndote.»

Esta carta hizo llorar copiosamente á Ildara y á su tía, y humedeció también los ojos de Montrove y de Sobral. Unánimemente, la Sociedad anónima de responsabilidad limitada convino en que era una gran pérdida la de un muchacho tan sentimental y tan inteligente, y cuando así ocurrió, dos días después, la aflicción de aquellas honorables personas fué sincera.

Pero otra tribulación solicitó sus preocupaciones. Tres ó cuatro meses más tarde, la salud de Ildara sufrió un visible quebranto. Desmayábase sin pretextos la joven, andaba constantemente empalidecida y como obsesionada por un pensamiento. Perdió el apetito, experimentaba fuertes crisis nerviosas y el horror que sus insomnios le producían obligó á la solterona á trasladar su lecho á la misma alcoba de su sobrina, y ésta le descubrió al fin el secreto de sus males.

—¡Es la carta, madrina!—sollozó Ildara ocultando el rostro en el regazo de doña Sofía—¡Es la carta!

—¿Qué carta, ángel de Dios?

—La carta de Enrique.

A medida que el débil cariño de aquel breve noviazgo de la joven se iba apagando, el recuerdo de la carta del moribundo se agigantaba en ella, pero con matices diversos. Primeramente, la rememoraba con emoción, agradecida al amor que revelaba y sintiéndose asimismo penetrada de él. Deseaba, en los primeros días, morir ella también, dulcemente, para reunirse al amado. Después fué menos violento su dolor, y repetía las frases de la epístola con una melancolía que ya no la arrancaba lágrimas ni la suscitaba pensamientos fúnebres. Una noche en que el viento del mar sacudía furiosamente las ventanas y se quejaba, lúgubre, bajo las puertas, Ildara pensó en el novio muerto. Pero ahora más lo vió como muerto que como novio, y tapó su linda cabeza con las mantas del lecho, estremecida de horror.

Desde entonces las frases de la carta fueron para ella no el adiós cariñoso de un enamorado, sino la amenaza de un difunto. Pensaba en la persecución del espíritu de Enrique, y creía sentirlo siempre en su redor, y no advertía, ciertamente, aquella dulzura que auguraban las últimas líneas de la carta, sino un pavor profundo que crecía cada noche y amenazaba con enloquecerla. Era la cautiva de un fantasma. Terribles pesadillas la hacían despertar, jadeando de ansia, con los ojos dilatados, mirando, aterrada,

el leve vaivén de las sombras que en su alcoba oscilaban cada vez que oscilaba la llama de la lamparita de aceite. Por una singular especie de pudor, evitó durante mucho tiempo hacer confidencias á su familia. Pero la obsesión se acentuaba. Ultimamente, el tema de sus espantosos sueños era la aparición de Enrique, que intentaba arrastrarla hasta su propia tumba. Cuando doña Sofía oyó á Ildara, meditó un momento y exclamó:

—Son los retratos. No cabe duda de que todo eso te ocurre por los dichosos retratos.

Lo que doña Sofía no supiese en asuntos de índole sobrenatural, no lo sabía nadie en todo el antiguo Reino de Galicia, que es seguramente el país que posee un caudal más amplio de conocimientos acerca de brujerías y costumbres de ultratumba. No se escapó á la perspicacia de la solterona una singularidad de los sueños de su sobrina. La primera noche, en su forcejeo con el fantasma de la pesadilla, Ildara se había desprendido de él en la misma alcoba. La segunda noche, el espectro la había arrastrado hasta la calle. En la última pesadilla, Ildara había conseguido huir cuando ya veía las tapias del cementerio, blancas y siniestras en la obscuridad. El esfuerzo que hacía para escapar, y la alegría de su liberación, la despertaban siempre. Doña Sofía recogió atentamente estos detalles y murmuró:

—¡Hum! Algo quiere ser eso. Algo quiere ser... ¿Y no oyes nunca cantar un gallo?

No. No se acordaba de que en sus sueños cantase nunca un gallo.

Doña Sofía acarició la frente de la joven y ofreció:

—Yo te libraré de todo. Ten confianza en mí.

Y corrió á tener una conferencia con su hermano.

—¿Sabes lo que te digo, Pedro? Que nuestra Ildara está en muy grave peligro.

—¿Qué tiene?—indagó el padre, alarmándose.

—Tiene «aire de muerto»—diagnosticó la anciana.

—¡Oh!

Don Pedro sabía que aquello no era para tomado á broma. Se puede padecer «aire de gato», «aire de muerto» y «aire de mujer preñada». Cualquiera de ellos es bastante para ir acabando con uno, poco á poco, sin que los médicos sepan á qué atenerse jamás. Pero el «aire de muerto» es verdaderamente el más temible y el que requiere más complicados y difíciles exorcismos.

—¿De qué muerto?—balbuceó Sobral cuando se recuperó de su sorpresa.

—De Enrique, el de Láncara.

—Pero Ildara no estuvo ni un instante junto al cadáver. Mal pudo el aire...

—Pero están sus retratos dentro de la caja del difunto.

—¡Así Dios me salve! ¡Es verdad!

Montrove, enterado de la misteriosa tragedia, opuso á las afirmaciones de doña Sofía un escepticismo intransigente. ¿A quién le contaban esas paparruchas? El no era un paleto. El había viajado; había estado en la Habana y en la Argentina; visto mundo, en fin. Y en el mundo, la

gente se muere del corazón, de los pulmones, del hígado y por culpa de éstos y de los otros microbios. ¡Pero de «aires de gatos» y de «aires de difuntos»!... Vaya, hombre! Anemia, anemia era lo que tenía aquella chiquilla. ¡Hierro con ella!

Casi convenció á Sobral; por lo menos, éste ya no se atrevió á asentir á la tesis de su hermana. Fué entonces cuando comenzaron las sesiones de espiritismo—infructuosas durante mucho tiempo—, coronadas con el resultado que hemos referido ya y que decidió la victoria francamente por doña Sofía.

La verdad es que ésta, desde aquella noche, abusó un poco de su triunfo, y, á hacerle caso, se diría que en las regiones sobrenaturales no se hacía nada sin consultárselo. Sembró la casa de amuletos, colgó una bolsita con dientes de ajo del cuello de Ildara, y más de una vez llevó la inquietud al espíritu de Pedro Sobral, afirmando que había visto el espectro de Láncara, ya en un pasillo obscuro, ya al través de una ventana, ya deslizándose con aire preocupado entre las pirámides de baúles del almacén.

Trascendieron las noticias de tan singulares ocurrencias, é Ildara dejó de salir á la calle, tanto por el reposo que le imponía su debilidad como por rehuir la curiosidad y la compasión de las gentes. Solía pasar las tardes en el descuidado jardín que se extendía tras la casa, y al anochecer, un vago terror la empujaba hacia las habitaciones iluminadas ya. Los domingos, Marcos Formigón—que servía en «El Gran Chaco» desde su infancia y que en él vivía como dependiente

interno—acompañábala mientras los dignos miembros de la Sociedad de responsabilidad limitada esparcían su ánimo en las deliciosas incidencias de una inacabable partida de tresillo.

Y fué en una de esas tardes de ocio cuando, después de un silencio duradero, inquirió Ildara:

—¿Me contarás la verdad, si te pregunto una cosa?

—¿Qué cosa?—indagó prudentemente Marcos.

—¿Es cierto que hace unos días tuvísteis una sesión de espiritismo y apareció el diablo montado en un perro blanco y negro?

—¿Quién dijo tal?

—La criada.

—La criada es idiota—murmuró Marcos despreciativamente.

—Marcos—gimió la infeliz—, yo tengo mucho miedo.

Formigón enarcó sus hombros robustos.

—La verdad es—dijo con agrio humor—que nadie más que tú tiene la culpa de lo que te pasa.

—¿Por qué?

—Eso de los retratos... ¿Quién te mandó darle los retratos?

—Era mi novio.

—Claro, sí..., era tu novio... ¿Y por qué fué tu novio?—gruñó Formigón.

La pregunta era de tal modo simple que Ildara se limitó á mirarle sorprendida, y no contestó. Agregó Marcos:

—Cuando se tiene un novio y se le dan unos retratos y no se rehusa la posibilidad de casarse con él, es que se le quiere...

—Hacía unos versos muy bonitos.

—¡Versos, versos! Te juro que no he entendido aún bien para qué sirve eso de los versos. Pero yo iba á decirte: cuando se quiere á un novio, ¿por qué asustarse, vivo ó muerto, de él? Si una persona á quien yo quisiera se muriese, desearía seguir viéndola.

—Eso es una atrocidad.

—No es una atrocidad. Yo no les tengo miedo á los muertos. Y para que sepas que es verdad: ¿ves estas castañas de la India que me dió tu tía para librarme de las almas en pena? Pues... ¡allá van!

Marcos Formigón lanzó con toda su fuerza los amuletos por encima de la tapia. Luego cruzó heroicamente los brazos.

—¡Que aparezcan ahora esos señores!

Ildara le contempló admirativamente; pero pronto tornó á mover con melancolía la cabeza, y suspiró:

—Bien hablas tú, Marcos; pero mis preocupaciones nacieron precisamente cuando yo pensé que acaso nunca había estado enamorada de Enrique.

—¿Nunca?

—¡Ay, Marcos, temo que haya sido así!

Hubo un silencio.

—Eras muy niña—definió el joven en voz baja, amontonando la arena á sus pies con el recio zapato.

—Y fué el primer hombre que me habló de cariño—se disculpó ella.

—Sí. Fué el primero—otorgó él—. Y en verso, que manda mucha fuerza.

Otro silencio

—¿Sabes lo que pienso hacer, Ildara?

—¿Qué piensas hacer?

—No digas nada á nadie...

—No lo diré.

—Pues... me parece que marcharé á América.

—¿Has tenido algún disgusto en casa?

—No. Voy á hacer fortuna. Cuando tenga mucho dinero, volveré. Entonces, si me dejáis, seré vuestro socio.

—Papá y madrina se apenarán mucho al saber que nos dejas.

—¡Oh! ¡Aún no tengo nada arreglado! No se lo adviertas. Es preciso que lo sepan por mí.

Volvieron á callar. El dijo:

—¿Es verdad que no quisiste á Enrique?

—Es verdad.

—Y si yo te traigo esos malditos retratos, ¿me darás uno tuyo cuando me marche á América?

—Te darán en casa los de todos.

—Yo quiero uno que me des tú.

La miró con sus grandes ojos claros, llenos de bondad, y al advertir una vaga turbación en el rostro del joven, ella se sintió turbada también. Sonrió forzadamente:

—¿Por qué no he de dártelo?

—Imagina que muero en aquellos países y que dispongo que me entierren con él.

Ildara rió. Pero el silencio no volvió á ser roto, porque ambos sintieron como una embarazosa timidez. Al fin, Marcos se levantó y entró en la casa mascullando un pretexto.

En el jardín iba posándose la noche; la luna, con la cara inclinada, asomó un solo ojo sobre la tapia, como para atisbar si los espectros rondaban ya por las vereditas que invadía el musgo ó entre los altos eucaliptos cuyas hojas temblaban como de miedo ó de frío. Y vió una forma blanca medio tendida en un banco de piedra. Esta forma blanca no ofrecía, en verdad, un temeroso aspecto. Entonces la luna se alzó un poco más y asomó los dos ojos. Y vió que aquella blanca forma era la de una hermosa muchacha que, á su vez, la miraba. La luna está habituada á recibir las confidencias de todos los soñadores, y se entera de lo que bulle en nuestras almas sólo con que alcemos á ella las pupilas. Así, pudo saber claramente que aquella joven pensaba que cierto Marcos Formigón tenía unos ojos bonitos y un talle airoso y en que era dulce y valeroso y bueno. Y en que iba á exponerse por ella en la macabra aventura de disputar una reliquia á la Muerte; y en que acaso en aquel viaje á América algo tendría ella que ver también.

Tranquilizada la luna, se alzó más, y mostró la bondadosa sonrisa de su ancha boca. La luna sonríe porque—no lo puede remediar—estos vulgares ensueños que se le antojan á cada cual únicos é inefables, le causan gracia. Da su largo paseo por las alturas, y va sonriendo y pensando sin encono:

—¡Pero, Dios mío, siempre decís lo mismo! siempre estáis así: mirándome como bobos para contarme que si *él*, que si *ella!*... Hormiguitas enamoradas, ¡qué iguales sois todas!

III

Una noche, después de cenar, Formigón pidió permiso para salir á la calle. La petición era tan insólita, que Pedro Sobral y su hermana se miraron con sorpresa. El gerente de «El Gran Chaco», Sociedad de responsabilidad limitada, dijo, al fin, con tono reservado y grave:

—Puedes salir. Creo, ya que tú lo dices, que te reclamará algún serio compromiso. Sin embargo, estoy en el deber de llamarte la atención acerca de los riesgos que acechan á un joven que sale por las noches de su casa.

Realmente, todos los peligros que podía correr un joven que anduviese de noche por la villa eran que le mordiese algún perro, ó caerse al mar si se aventuraba por los obscuros malecones de madera podrida. Sin embargo, Formigón escuchó aquella advertencia un poco ruborizado, baja la cabeza y dividiendo en menudas partículas con su cuchillo unas migajas de pan, ocupación que, por otra parte, cultivan muchos hombres de genio en sus sobremesas.

Doña Sofía era dueña de un espíritu más comprensivo, y, ya fuese por propia iniciativa, ya obedeciendo á un misterioso guiño de su hermano, salió al encuentro del joven cuando éste

avanzaba hacia el portal, envuelto en su capa, y le preguntó maternalmente:

—¿Necesitas algo?

—Nada.

—No importa. Eres un hombre ya. No está bien que vayas así, sin dinero.

Y deslizó una peseta en la ancha mano de Formigón, que se resistía á aceptarla.

Y hete en la calle á Formigón. El aire era fresco, y cualquier vecino de las rías hubiese adivinado que la marea estaba baja sólo por el penetrante olor á algas que llenaba el pueblo. Corrían hacia el cénit rebaños de negras nubes de formas extrañas; las aspas de luz de un faro simulaban de vez en vez breves relámpagos, y el silencio era dueño de aquel montoncito de casas. Sólo al final de una calle, Marcos oyó distintamente, al través de la puerta pintada de azul de una vivienda de pescadores, el llanto desesperado de un chiquillo y una voz de mujer—la voz de Juana, la *Parrocha*—que gritaba á su marido:

—¡Manuel: ve á buscar la centolla para que venga á comer á Manueliño!

Y el vozarrón del *Parrocho*, que gruñía con su fuerte acento de las Rías, silbando las zedas:

—¡Como vaya á buscar la sentolla!... ¡Malos mengues me lleven, sinvergüensa!...

Casi frente al mar—encalmado y negro—, la cortina roja de una taberna transparentaba las luces del interior como un farolón suspenso en las tinieblas. Marcos entró. Varios marineros aguardaban el flujo de la marea para hacerse á

la mar en sus dornas panzudas. Un hombrecillo de revuelto pelo gris y ojos estrábicos bebía aguardiente de caña cerca del mostrador forrado de cinc en el que había clavadas sañudamente, para escarmiento, sin duda, de las demás que aún andaban por el mundo, algunas monedas falsas.

Formigón estaba tan emocionado como puede estarlo un pacífico tendero bruscamente introducido, por el azar de una aventura, en un ambiente de folletín. La taberna apenas era alumbrada por unos quinqués fuliginosos; los marineros ofrecían, dentro de sus trajes de mar, sensacionales siluetas. Y aquel hombre bizco y diminuto, de revuelto pelo, era, en fin, el sepulturero de la villa.

Marcos lo contempló atentamente, como si no lo hubiera visto jamás, á pesar de conocerlo tan bien como lo conocía el pueblo entero. Ahora le parecía, sin embargo, que en aquellos grises mechones encrespados y en aquel mirar torcido había algo misteriosamente estremecedor.

—Bebe para olvidar—se dijo.

Pidió café con ron, y siguió cavilando. Seguramente aquel hombrecillo que tenía su casa junto á las mismas paredes del Camposanto y en comunicación con él, había presenciado muchas macabras escenas. Acaso poseía un alma encallecida ya, curada de horrores, y llamaría á los muertos «mis huéspedes» y pisaría impasible los huesos, como los enterradores de las novelas. Muchas veces le había visto ir y venir por las calles, y nunca había pensado Formigón que el se-

dulturero Chavín fuera un tan siniestro personaje.

¡Diablo; pero no estaba allí, ciertamente, para filosofar! Saludó al hombrecillo:

—¿Cómo va, Chavín?

—Robusteciendo las canillas—contestó el otro, apurando su aguardiente.

—Es un terrible cínico—observó Marcos para sus adentros; y agregó en voz alta:

—¿Quiere beber conmigo una copa?

—He bebido muchas copas ya—objetó Chavín—; prefiero un vaso.

El tabernero sonrió y llevó un vaso de caña á la mesa de Formigón.

—La salud, ¿bien?—inquirió el enterrador acercándose.

—Bien.

—Es lo principal. Salud y sardinas. Si no hay sardinas, no hay dinero. Si no hay salud, no hay nada. Dicen estos que están las rías llenas de sardina.

—¡Ah!—comentó Marcos, al que la noticia no le importaba—¡Cuánto me alegro!

—Yo también me alegro mucho.—

Bebió el aguardiente.

—Sí, sí; me alegro mucho; soy feliz. La sardina es el sostén del pobre.

—Así es.

—Y el de los ricos—aventuró Chavín, alentado por el éxito.

—También el de los ricos—concedió el joven.

—¡Y... el de todo el mundo!—gritó el sepulturero, incorporándose casi hasta juntar su rostro



al de Formigón—¿No hay sardina? ¡No hay dinero!

Después volvió á adoptar su primera actitud; murmuró: «¡Concho!», como para cerrar con un enérgico broche sus afirmaciones, y se hundió en una meditación profunda ante el vaso vacío. El joven estaba un poco defraudado. Mandó llenar otra vez el vaso de Chavín, y él mismo bebió, carraspeando, una nueva copa de un ron corrosivo.

Cuando los pescadores salieron, se cerró la taberna. Marcos fingió una gran contrariedad.

—Lo siento, Chavín. Aún beberíamos algo más esta noche.

—Es muy tarde—gruñó el tabernero.

—«¡Es muy tarde, es muy tarde!»—remedó Chavín, tambaleándose—¿Ha oído usted lo que dijo? Pues me canta el mismo estribillo cada vez que vengo. A mí nadie me impidió nunca que bebiese: ni mi padre, ni mi difunta mujer, ni el señor alcalde. A mí el único que no me deja beber lo que me da la gana es, precisamente, el tabernero. ¿Qué? ¿Está eso bien?...

Marcos encogió los hombros.

—¡Bah! No importa. Llevaremos una botella.

Salieron con la botella.

—La beberemos en su casa de usted.

Atravesaron el pueblo dormido. Silencio en las calles y en las casas. Solo, al transcurrir ante la puerta pintada de azul del *Parrocho*, oyeron el llanto infatigable del chiquillo, y una voz de mujer que gritaba:

—¡Vete por la centolla, Manuel!

Y una voz hombruna, llena de sueño, que amenazaba sin fervor:

—¡Lo que es..., como vaya por la sentólla!...

El cementerio estaba en la falda del monte, algo distanciado de la villa, junto á la carretera real, tenuemente alumbrada por la luna. Los dos hombres avanzaban cogidos del brazo. Formigón cortó el incongruente monólogo de su compañero para afirmar, como en broma:

—¡Caramba, Chavín, no habrá muchos que le envidien su casa!

—¡Hermosa casa! ¡Casa higiénica!—ponderó balbuciente el borracho—Veo el mar..., veo todo...

—Pero los muertos...

—Ahí tiene usted... Eso es otra cosa... ¿A usted le gustan los muertos?... A mí tampoco. Palabra de honor. Nunca he podido acostumbrarme...

—¡Vamos, Chavín! Tanto le importaría á usted entrar en el cementerio de noche como de día.

—¡Un diablo, entro yo de noche!

—Si yo le doy ahora veinte duros, ¿es capaz de abrir la tumba que se me antoje indicarle?

—Ni por la salvación de mi alma. ¡El Señor me perdone! Un muerto es un mal enemigo, Formigón, aunque nunca me hayan hecho nada. Todos ellos saben que Chavín los respeta... ¿Por qué no echamos ahora un traguito?

—En su casa, Chavín.

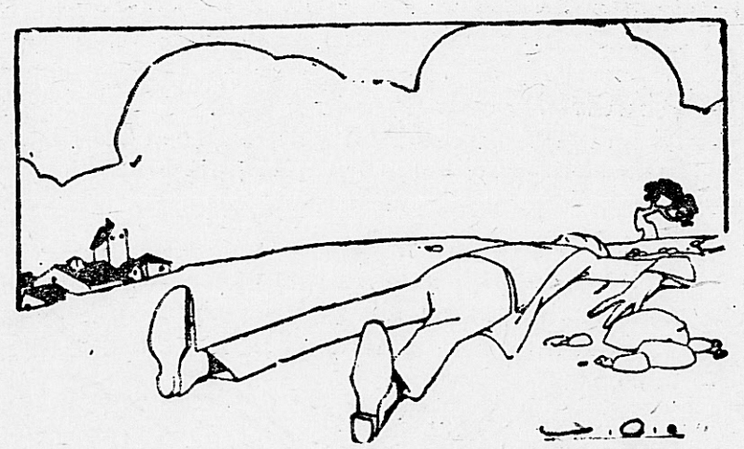
Chavín siguió, dando tropezones, y comenzó á cantar, alborotando á todos los perros de las cer-

canías. Cuando llegaron al cementerio, se santiguó frente á la verja que se abría sobre el lúgubre recinto. Poco después, en el comedor de su vivienda—una habitación pobremente amueblada con una mesa y unas sillas de pino—, encendió un candil y colocó unos vasos sobre el sucio tablero. Entonces señaló á su acompañante una recia puerta pintada de ocre sobre la que se veían clavadas muchas herraduras y un cuerno de buey; dos cerrojos de hierro estaban corridos, y una llave colgaba de un grueso clavo, en la misma puerta.

—¡Ahí están!—dijo quedamente.

Volvió á santiguarse, y se sentó.

Una hora más tarde, Marcos Formigón se dirigió á esa puerta, descorrió los cerrojos y abrió. Un soplo de aire frío conmovió la llama humeante del candil; chirriaron los goznes. Ni el



aire ni el chirrido lograron que fuesen menos sonoros los ronquidos del sepulturero, que dormía absurdamente enovillado bajo la mesa. En el umbral, antes de pisar la tierra sagrada en la que se entrevía vagamente la diseminada blancura de las losas, Marcos vaciló. Hizo la señal de la cruz. Y dió un paso hacia las tinieblas.

Al día siguiente encontraron su cuerpo en el camino real, con una ancha herida en la cabeza, ensangrentado y sin habla.

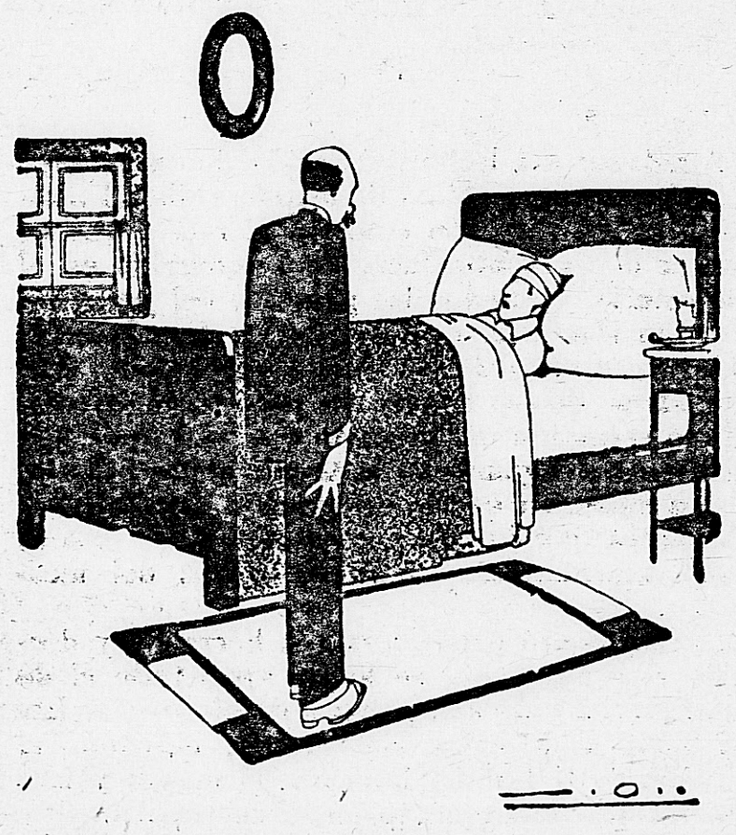
IV

Alrededor del lecho del herido, los miembros de lá Sociedad anónima de responsabilidad limitada, escuchaban con emoción el relato que su primer dependiente hacía de lo ocurrido en el cementerio, y aunque las palabras del joven rebosaban sencillez, ninguno de los tres honorables propietarios de «El Gran Chaco» podía desentenderse de ese interés un poco escalofriante, de esa sugestión del misterio que ya habían experimentado leyendo en la tienda algún folletín, en los meses en que la emigración disminuye y las ventas, por lo tanto, escasean, y los días se hacen inacabables y tediosos detrás del mostrador.

Marcos contó cómo, una vez borracho y dormido el sepulturero, se había apoderado él de una linterna y de una palanca de hierro y se había aventurado entre las tumbas, buscando el panteón de la familia Láncara, el mayor y más presuntuoso monumento de la necrópolis.

No le costó mucho tiempo llegar á él. Si se ha de creer la narración del joven, no le turbaba la fúnebre condición del lugar, ni el recelo de que los difuntos le saliesen al paso para impedir la profanación que proyectaba. Iba preocupado

porque ignoraba si la trampa de hierro del panteón, que daba acceso al subterráneo donde se realizaban los enterramientos, estaría cerrada



con llave ó candado que estorbase sus propósitos.

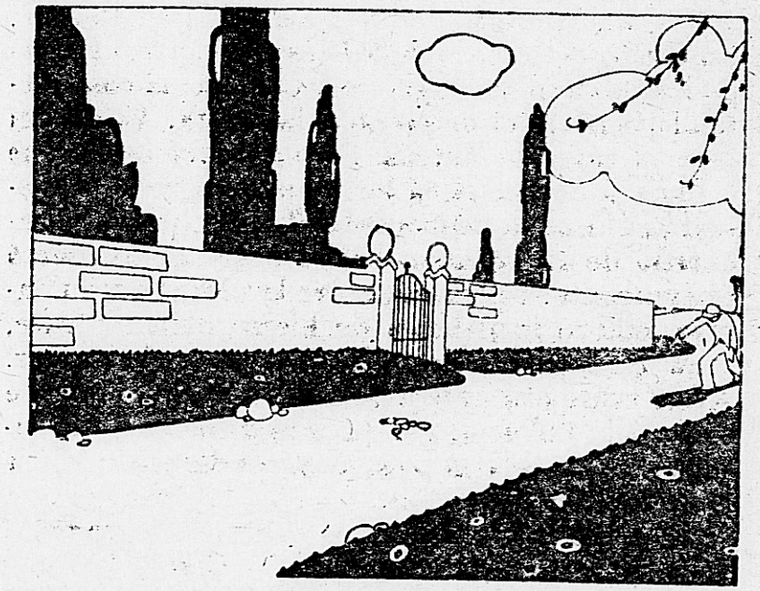
—¿No viste las lucecitas de la Santa Compaña?—le preguntó doña Sofía, interrumpiéndole.

—No.

—¿Ni te tiró de la chaqueta una mano que después resultó ser un hierro de la verja de una tumba?

—Nada, doña Sofía; llegué al panteón sin que me ocurriese nada.

Doña Sofía no pudo reprimir un gesto que



quería decir: «¡Es raro!»; pero se calló, y Marcos continuó su historia.

Se acercó al panteón, todo de mármol blanco, sobre el que un ángel, lleno de angustia por la defunción de los Láncaras, apagaba contra el suelo una antorcha de mármol blanco también. Formigón depositó la linterna en el suelo, arrodillóse, é intentó alzar la férrea plancha pintada

de verde que, al pie del mausoleo, casi al mismo nivel del suelo, cerraba el sepulcro. Fué el instante de mayor inquietud del joven. Pero la plancha obedeció á su esfuerzo. La levantó, manteniéndola asida con una mano, y pudo ver el suave resplandor de la lamparilla de aceite que en la estrecha cripta alumbraba constantemente un altarcito donde agonizaba, en su cruz, un Cristo de expresión dulcificada por los gustos de los modernos imagineros. Una escala casi vertical permitía el descenso á la cripta. Vaciló un poco el valor de Marcos. Pero (aunque esto no se decidió á confesarlo á los miembros de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada), el recuerdo de la promesa hecha á Ildara le animó nuevamente. Entonces, entre la plancha y su encaje, colocó la palanca de hierro oblicuamente, para mantener abierta la trampa y descender. Aventuróse otra vez á mirar. Y en este instante resbaló la palanca, y la pesada y férrea hoja, girando sobre sus goznes, cayó rudamente sobre el cráneo de Formigón.

El golpe le aturdió, tuvo sabor á sangre en la boca, y le pareció que la lamparilla del Cristo producía un súbito fogonazo deslumbrador. Luchó contra aquel peso que le oprimía como si su cabeza hubiera sido cogida por terribles tenazas, y logró desprenderse. Se puso en pie, tambaleándose. Del desgarrado cuero cabelludo brotaba abundantemente la sangre. Dió algunos pasos y cayó. Entonces le asaltó verdaderamente el miedo, un miedo impreciso y confuso... Huyó arrastrándose, y le parecía que no saldría nunca

de allí, como en una de esas pesadillas en que se corre y se corre, y, sin embargo, no se avanza un milímetro.

Al fin entró en la casa del sepulturero. Chavín continuaba tendido en el mismo lugar en que le había dejado. Un viento sutil—el viento que venía de recorrer las tumbas y de rezar en los altos cipreses que eran en los ángulos del cementerio como manos unidas que impetrasen de la altura piedad—entró tras el desventurado... Y él siguió... Entonces no tenía más que un pensamiento, en la confusión de todos sus pensamientos: huir. Rodó los peldaños que separaban de la carretera la humilde morada, y las fuerzas le abandonaron: se desmayó.

—¿Oíste aullar un perro?—inquirió doña Sofía.

—No oía más que así como un gran tumulto dentro de mí mismo.

—Sin embargo, no hay duda de que tuvo que aullar—afirmó ella—. En esos casos aulla siempre un perro.

En un rincón de la alcoba, Ildara lloraba abundantemente. Había comenzado á llorar cuando entró y vió sobre la almohada el pálido rostro de Marcos, encuadrado en vendajes. Al principio, sollozaba fuertemente; pero como esto le impedía oir el relato, prefirió seguir llorando en silencio, con gran satisfacción de los demás circunstantes.

—¿Y cómo diablos se te ocurrió ir á meterte en el panteón de los Láncaras?—gruñó Sobral sin mirar á su dependiente.

—Fuí á buscar los retratos—balbució él.

—Ya adivino que fuiste á buscar los retratos; pero, ¿quién te mandaba á ti emprender semejante aventura?

Sobral, sospechando de su hermana, dejó caer sobre ella su mirada reprochadora. Esta mirada no alteró á doña Sofía, aunque tuvo la virtud de hacer ruborizar á Ildara en su rincón. La solterona opinó:

—Supongo que Marcos habrá procedido inspirado por el cariño que nos tiene. Yo no sabía nada...

—Nadie sabía nada—murmuró Formigón, recogiendo disimuladamente una ojeada de gratitud que salió del rincón de Ildara—. Lo hice sin consultárselo á nadie.

—Tal creo—apoyó doña Sofía—; y eso no disminuirá la gratitud que debemos por su buena intención á este muchacho.

—Bien, bien; pero si se divulga lo ocurrido, la Justicia querrá seguramente conocer á este muchacho, y á nosotros también. Queda prohibido hablar del asunto á persona alguna.

Y, pronunciadas estas palabras, salió don Pedro Sobral de la alcoba, seguido de su familia y del señor Montrove, que se había limitado á escuchar el relato moviendo la cabeza y augurándose amargamente que todo aquello acabaría en que tendrían que subir el sueldo á Marcos Formigón.

Pese á la reserva impuesta por Sobral, circularon acerca del suceso comentarios y referencias que pronto abultó la fantasía ociosa de las gentes. Se acogió al principio con benevolencia

la versión de que Marcos y Chavín se habían emborrachado en una taberna del puerto y que, acalorados por el aguardiente, habían reñido junto al cementerio. Pero alguna indiscreción de Chavín ó de doña Sofía hizo barruntar la verdad, y la villa entera abandonó la hipótesis de la embriaguez, demasiado vulgar y de escasas sugestiones para la murmuración, y propaló con entusiasmo las nuevas noticias.

Casi todas las mujeres de la vecindad se acordaron de pronto de que tenían que hacer una compra en «El Gran Chaco», y acudieron á él á revolver cajas, desdoblar piezas de tela, manosear puntillas, golpear baúles con los nudillos para asegurarse de su resistencia y probar toda clase de gorras en las despeinadas cabezas de sus pequeñuelos. Después, con rara unanimidad, declararon que los precios eran cada vez más caros y que no podían comprar nada. Y, por último, también por extraña coincidencia, preguntaban si era verdad que al dependiente del almacén—retenido aún por su herida en las habitaciones—se le habían metido los diablos en el cuerpo la noche en que había saltado las tapias del Camposanto, ó si tan sólo ocurriera que la Santa Compaña le había atopado en su camino y le había puesto en la mano el «fachuzo» de pajas encendidas.

En sus conversaciones con doña Sofía, el grave y digno señor Montrove se lamentaba del mal que, según sus sospechas, se derivaría de todo aquello para el negocio.

—Esto sólo puede pasar en España—rugía—,

que es un país atrasado. En la Argentina no hay fantasmas...

—¡No es verdad!—protestaba la solterona, indignada—¡Hay fantasmas en todo el mundo!

—Bueno—concedía Montrove—; pero si los hay, no se meten en los negocios de nadie. Allí monta usted un negocio y puede ir á la quiebra por cualquier razón; pero por culpa de un fantasma, nunca. Aquí, cuando la gente crea que guardamos un espectro dentro de cada baúl, huirán de nosotros.

El único semanario del distrito, aquel cuyas columnas tantas veces habían servido de cauce para el torrente lírico del novio de Ildara, agravó las cosas publicando una información acerca de lo acaecido. Recogía, idealizándola, la acusación de vampirismo que pesaba sobre Enrique, y aseguraba que Marcos Formigón había penetrado en el cementerio con el propósito de realizar el conocido conjuro contra los vampiros.

«Afirma el rumor público—agregaba—que, próximo ya al panteón, delicada obra de arte que mostramos con orgullo á los forasteros, el atrevido joven vió alzarse ante sí la sombra de nuestro malogrado colaborador. Ceñía su cabeza la corona de laurel que era antaño premio de los poetas gloriosos. Su marmórea palidez recordaba la palidez de la Inspiración, que tantas veces había escalofriado su cuerpo con el próximo batir de las alas. Sí. Nosotros vemos á nuestro llorado colaborador tal y como pudiera alzarse de la tumba, si es verdad que los muertos se alzan de ella alguna vez antes de ser llamados al Juicio



de Dios Nuestro Señor. Y no de otra manera pudo presentarse. Acaso en la siniestra mano se habría hecho visible aquella lira ideal á la que él supo arrancar en vida acentos de honda ternura.

»Añade la *vox pópuli* (voz del pueblo) que la sombra del joven é infortunado maestro, cogiendo con misteriosa fuerza al imprudente profanador de su reposo, lo arrojó, sobre las tapias, á la carretera, donde quedó mal herido.

»¿Qué hay de verdad en todo lo referido? Tan sólo á título de información lo acogemos. Los misterios del más allá son insondables y la incredulidad de muchos hombres á este respecto ha sido duramente castigada; pero también la censurable y pecaminosa superstición atribuye con frecuencia orígenes fantásticos á fenómenos fácilmente explicables. Nosotros, que odiamos la vulgaridad de lo cotidiano, nos advertimos subyugados por el sentimentalismo de esa versión que asegura que el alma del poeta muerto vaga alguna vez dulcemente en torno á la amada viva. Desde luego, si hubo no ya en todo el distrito, sino en toda la provincia, un poeta capaz de serlo hasta ultratumba, fué nuestro inolvidable colaborador y amigo, el joven abogado don Enrique Láncara.»

Así decía el periódico. Montrove, al leerlo, murmuró algunos dicterios; Sobral volvió á repetir que la Justicia terminaría por intervenir en el asunto; pero doña Sofía no tuvo inconveniente en reconocer que aquel relato le había gustado mucho más que *La historia de un hom-*

bre contada por su esqueleto, que había adquirido atraída por las promesas del título, pero que «no le acababa de llenar». Y que era una pena que las cosas no hubieran ocurrido realmente así.

V

El día en que Marcos abandonó el lecho, volvieron á encontrarse los dos jóvenes en el jardín de la casa. Ildara fué y vino por los senderos, hasta que, al cabo de muchas vueltas, hallóse junto al dependiente. Entonces habló, ruborizándose:

—Tengo que dàrte las gracias, Marcos.

El se sorprendió tan exageradamente, que el más bondadoso é inculto profesor del Conservatorio nacional le desaprobaría.

—¿Por qué?

—Por eso...

—¡Ah!—hizo él, como si las dos breves palabras de la joven hubiesen sido una larga explicación—No tienes qué agradecerme.

—Sí.

—No.

Ella hizo un mohín de resignación y calló un instante.

—Entonces..., nada. Había creído que lo hicieras por mí...

Marcos miró para la copa de un eucalipto:

—Más bien lo hice por tu madrina.

Ildara se alejó unos pasos, pero volvió para decir:

—Comprendo que estás disgustado conmigo por haberte puesto en ese trance; bien sé que de tu herida nadie tiene la culpa más que yo...; pero yo..., yo...

Le estranguló la voz un sollozo. Entonces Marcos, trocada su indiferencia en solícito apuro, quiso tranquilizarla:

—¡Pero si yo no estoy disgustado!...

—¡Sí, sí!

—Ni tú tienes culpa alguna...

—¡Tengo!

Mostrábase tan atribulada, que él se vió en el caso de cogerle las manos.

—Para que veas que te engañas, te diré que yo mantengo mi palabra de devolverte esas fotografías...

—Y yo te lo prohibo.

—... aunque hubieran de costarme la vida.

—¡No irás!

—Iré.

—Escucha, Marcos: es inútil. No me importan esos retratos. Hace tres noches que no sueño con *él*.

En esta declaración nadie advertirá que exista ningún motivo para ponerse colorada. Sin embargo, la joven se puso colorada. Formigón movió obstinadamente la cabeza.

—Mi palabra es palabra de rey.

—También dijiste que te marcharías á América.

—Dije.

—Y no te marcharás.

—¿Por qué dices que no me marcharé?

—Porque sé yo que no—afirmó Ildara, casi riendo.

—¿Por qué?

—Porque sé yo que no—volvió á asegurar Ildara, casi llorando.

Formigón la asió las manos con violencia y dijo bruscamente, encorvando su alta estatura para aproximar su rostro al de la joven:

—Me iré á América, porque un pobre dependiente como yo no puede hablar de lo que siente á una señorita como tú, hija de sus amos.

—¡Qué tontería!—murmuró Ildara.

Pero cuando Ildara murmuró «¡Qué tontería!», Marcos no pudo oirla, porque había abandonado el jardín y se dirigía á sus habitaciones, saltando de tres en tres los peldaños de la escalera que á ellas conducían.

Entonces la joven entró en el almacén, transpuso la puerta de la jaula de madera y cristal en que el señor Montrove cuidaba amorosamente los libros de la casa, y sometió al venerable miembro de la Sociedad anónima de responsabilidad limitada á una minuciosa interviú—quizá buscando precedentes—acerca de la frecuencia con que en América los dependientes se casan con las hijas de sus principales, tema que el bondadoso señor Montrove no tuvo inconveniente en explanar con aquella prolijidad con que trataba siempre en sus discursos las edificantes costumbres del continente transatlántico.

En las habitaciones de Marcos Formigón el crepúsculo había entrado un cuarto de hora an-

tes que el joven, y, en las sombras, se avivaba la vaga y roja luz de unos leños convertidos en ascua, que la solicitud de doña Sofía había hecho encender en la vieja chimenea para preservar al herido del frío y de la humedad del avanzado otoño. Así, todo en la estancia era rojo y negro; y aun el mismo rojo era sombrío, y el negro estaba como teñido de sangre. En aquel confortable ambiente, los dos viejos sillones colocados á uno y otro lado de la chimenea ofrecían tan acogedor y cómodo aspecto, que nadie se atrevería á reprocharles el grasiento brillo de sus brazos ni los desgarrones por los que asomaban los pelotes de crin. Todo tenía el silencio y la pesadez de un sueño profundo, y el mismo ojo de fuego de la hoguera parpadeaba á veces como si fuese á dormirse.

En el brusco tránsito de la luz del jardín á la sombra de su gabinete, Marcos quedó como cegado y, luego de cerrar la puerta tras él, avanzó cuidadosamente hacia la alcoba. Pero, de pronto, se detuvo. Destacándose sobre el fondo rojo de la chimenea, había visto alzarse una sombra.

—¿Quién está ahí?—inquirió.

Y una voz varonil respondió, mientras la sombra volvía á arrellanarse en uno de los sillones:

—Soy yo, que le estoy esperando.

Marcos intentó retroceder para dar luz y conocer á su visitante, pero éste rogó con acento persuasivo:

—Hágame el favor de no encender... Tengo la ropa bastante deteriorada.

Aproximóse Formigón, y... un profundo estu-

por le impidió huir, como fué su primer impulso. Frente á él, iluminado de cerca por el resplandor de la hoguera, estaba el espectro de Enrique Láncara. Los ardientes leños que todo lo coloreaban en la habitación no alteraban la terrible palidez del aparecido. Marcos no vió en torno á su frente la corona de laurel de que había hablado el semanario, ni la lira, ni tampoco el flotante y lúgubre ropaje blanco que constituye el uniforme de los espectros. Enrique Láncara se envolvía en la toga de abogado con que fué metido en el ataúd, y acariciaba la borla de seda de su birrete negro.

—Bien—gruñó—. Ya me ha reconocido usted. Siéntese. Es preciso que hablemos.

El dependiente se dejó caer en el otro sillón.

—Comprenderá usted—comenzó á decir nerviosamente el fantasma—que esto no puede continuar así. Vengo dispuesto á que todo termine.

Marcos no sabía qué interpretación dar á las palabras del aparecido y se estremeció en el asiento. El fantasma continuó, con aire preocupado:

—He vacilado mucho antes de dar este paso, pero me convencí de que no había más remedio... Señor mío, me están ustedes llenando de oprobio, poniéndome en ridículo. En todo el pueblo no se habla más que de mí. Usted ha ido á molestarme á la tumba, y está dispuesto á volver. Y ese papelucho grotesco ha enjaretado á sus lectores una historia absurda é imbécil... Lo peor del caso es que me consta que una revista teosófica de Madrid va á reproducirla. Quedaré en

una situación risible ante toda España... ¡Eso es demasiado! ¡Yo soy un difunto serio, señor mío!

Se agitó hasta el punto de parecer que se ponía encarnado. Agregó:

—Pensé primeramente en visitar al director del semanario, para pedirle una rectificación; pero se me ocurrió que acaso fuera peor hacerlo. En fin, como ve, he optado por hablarle á usted, que parece el más resuelto de mis enemigos. ¿Por qué me persigue usted?

—Yo no le persigo; usted perdone—balbució Formigón.

—Sí; usted me persigue. Sin embargo, yo no le hice mal. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Presentarme con una corona de laurel y una lira en la mano! ¡Eso es horrible! ¿Qué les hice yo, Dios mío?

—¡Caramba!—se atrevió á insinuar Formigón—¿Y qué le ha hecho á usted esta pobre muchacha á la que tortura tan cruelmente?

—¿Ildara?

—Sí. Ildara.

—Jamás me he ocupado de Ildara desde que fallecí.

—¡Oh! ¡Oh!—hizo Marcos.

—Yo no tengo la culpa de que tenga pesadillas; y si no cenase carne de cerdo poco antes de retirarse á dormir, seguramente sus sueños serían menos desagradables. ¿Puede decir que me vió alguna vez, despierta, á su lado, como me está viendo usted?

—Pero le vió doña Sofía.

—Doña Sofía está dispépsica—afirmó con des-

precio el fantasma—. Señor mío, ¿usted puede creer que yo estoy enamorado de Ildara! ¡Hay alguien tan cretino que admita la posibilidad de que un espectro ronde la calle de una moza? En vida, cuando la conocí, la amé por su nombre. Yo era poeta. Ildara es un nombre de princesa antigua ó de aureana del Sil, y se me antojó que, siendo así, estaba en la obligación de amarla. La poesía nos hace incurrir en grandes equivocaciones, señor. Hoy puedo decirle á usted que conozco muchas antiguas princesas cuyos espíritus andan por ahí moviendo veladores roñosos. Y en cuanto á las buscadoras de oro del Sil, casi todas son viejas y feas. Esta es la verdad; pero entonces no la comprendía. Si Ildara se hubiese llamado Josefa, nunca la habría amado.

—¿Nunca?

—Nunca—afirmó solemnemente el fantasma.

—¡Oh, nunca!—exclamó Formigón.

—Bien. Parece que está usted enamorado de ella. Cásese usted. ¡Qué más da esta ó la otra! Parece usted un hombre poco inteligente, y será feliz. Tendrá usted dos hijos, cinco hijos... Usted engordará; su esposa engordará... Una mujer..., la ilusión de unos meses, que son un minuto... La gordura molesta mucho *después*...

Subrayó fúnebremente este «después». Suspiró y dijo:

—Ofrezca usted que no volverá á importunarme.

Marcos vaciló.

—Pero los retratos...

—¡Me olvidaba ya de los retratos! ¡Aquella es-

túpida carta!... Los retratos no han estado nunca en mi ataúd.

—Usted afirmaba...

—¡Pero afirmaba el poeta, señor mío, el literato!... Era un «efecto», ¿comprende usted? Los retratos están entre todos los papeles y recuerdos míos que conserva mi madre. Vaya usted allí. Tercer cajón de la cómoda, á mano derecha. ¡Dichosa literatura! Ella ha tenido la culpa de todo... ¡Decir que yo me he presentado á usted con una corona de laurel y una lira!... ¡Estoy en ridículo!

Frotó sus manos con tal desesperación, que Marcos se creyó obligado á deslizar algunas palabras de consuelo.

—¡No, no—gimió el aparecido—; tardaré mucho en olvidarlo! Yo soy un fantasma serio; yo no soy como otros fantasmas. A algunos espectros que tienen manía exhibicionista, nunca les falta sitio donde coger una sábana y una cadena, y se pasean con ellas por las ciudades y por los campos, asustando á los serenos y hasta á la Guardia civil. Pero yo nunca he querido hacerlo, y si no tuviese verdadera necesidad tampoco me hubiese presentado á usted...; tanto más cuanto que mi toga está ya muy estropeada.

—¡Oh!—protestó Marcos, que quería ser amable—No se le nota nada.

—Sí, sí—se dolió el espectro—; está inmunda. En el ataúd se estropea mucho la ropa.

Se puso en pie.

—¿Quedamos de acuerdo?

—De acuerdo—aseguró Formigón.

—No sé cómo pedirle que me perdone usted esta molestia.

—¡Bah! No vale la pena...

—Comprendo que he debido prevenirle... Tal vez la impresión...

—Crea que he tenido un verdadero gusto.

—Adiós—dijo el fantasma.

—Usted lo pase bien—replicó Marcos con delicadeza, verdaderamente encantado de las maneras del espectro.

Y se precipitó para abrirle la puerta. Pero por la puerta no pasó nadie. Cuando el joven volvió la cabeza, la habitación estaba vacía. Sólo un soplo de viento avivó un instante la llama de la hoguera, que crepitó, desmoronóse é hizo subir un enjambre de chispas de oro por la chimenea.



Ustedes—creo haberlo advertido ya—pueden dar ó negar crédito á esta historia. Marcos nunca tuvo imaginación bastante para inventar su entrevista con el difunto, y, por mi parte, no sé qué iba ganando yo con engañarles. Nadie puede negar, después de todo, que los retratos se encontraron en el tercer cajón de la cómoda, á la mano derecha, y que Marcos é Ildara, casados ya y con hijos, engordan lentamente detrás del mostrador de «El Gran Chaco», Sociedad anónima de responsabilidad cada vez menos limitada, sin que espectro alguno haya vuelto á visitarles ninguna vez.

FIN



AVISO. **Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja. En la Argentina pídase HIPOFOSALUD.**